



# Una tierra sin mapas





Hace muchos inviernos, Taka —un joven halcón peregrino— dejó su país que estaba en guerra, y se lanzó a la aventura de conocer otros mares y escalar los montes más altos para descubrir dónde moría el sol.





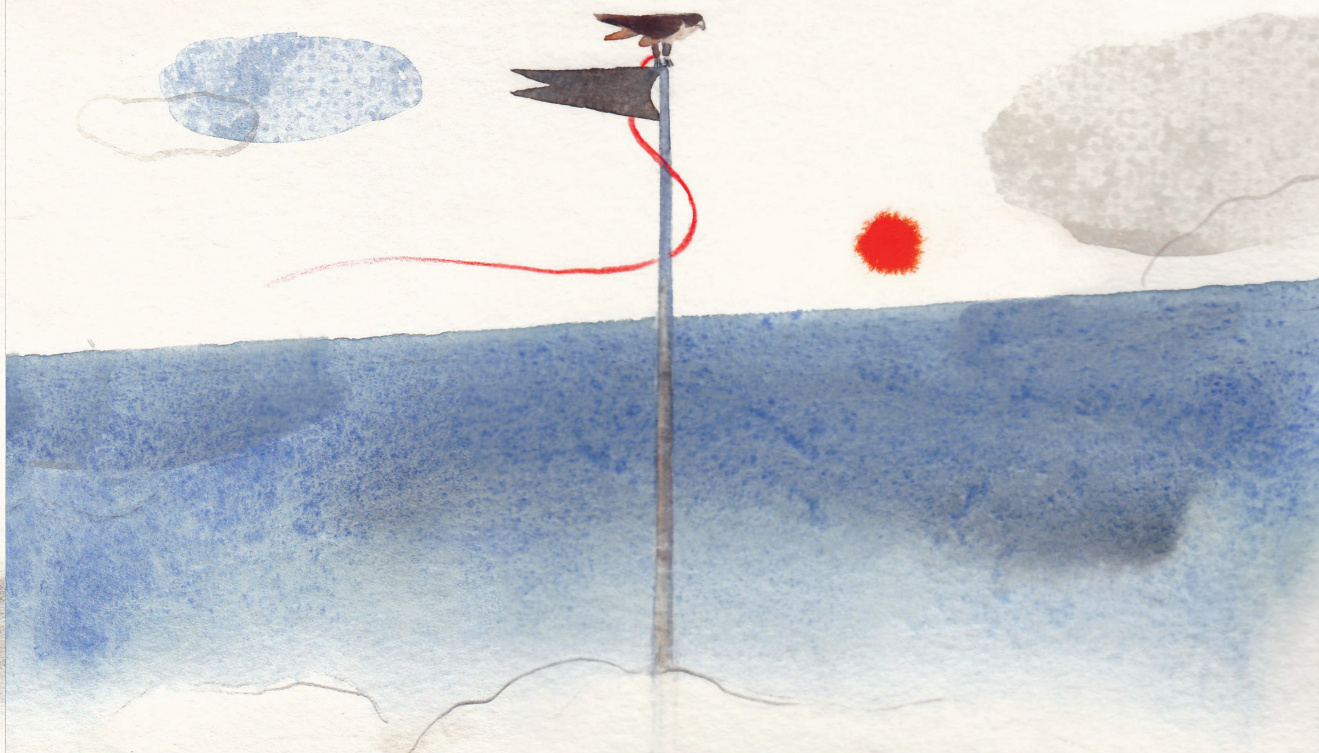


Antes de marcharse, ató un hilo rojo al cerezo que era su hogar, y el otro extremo a una de sus patas. Su ilusión era bordar un camino de seda que le recordara cómo regresar cuando el árbol que tanto amaba nuevamente estuviera en flor.

Despegó del gran monte Fuji.  
Voló durante días sobre el mar de Japón, y cuando creyó que  
iba a desfallecer, vio a lo lejos un barco y aterrizó a descansar.



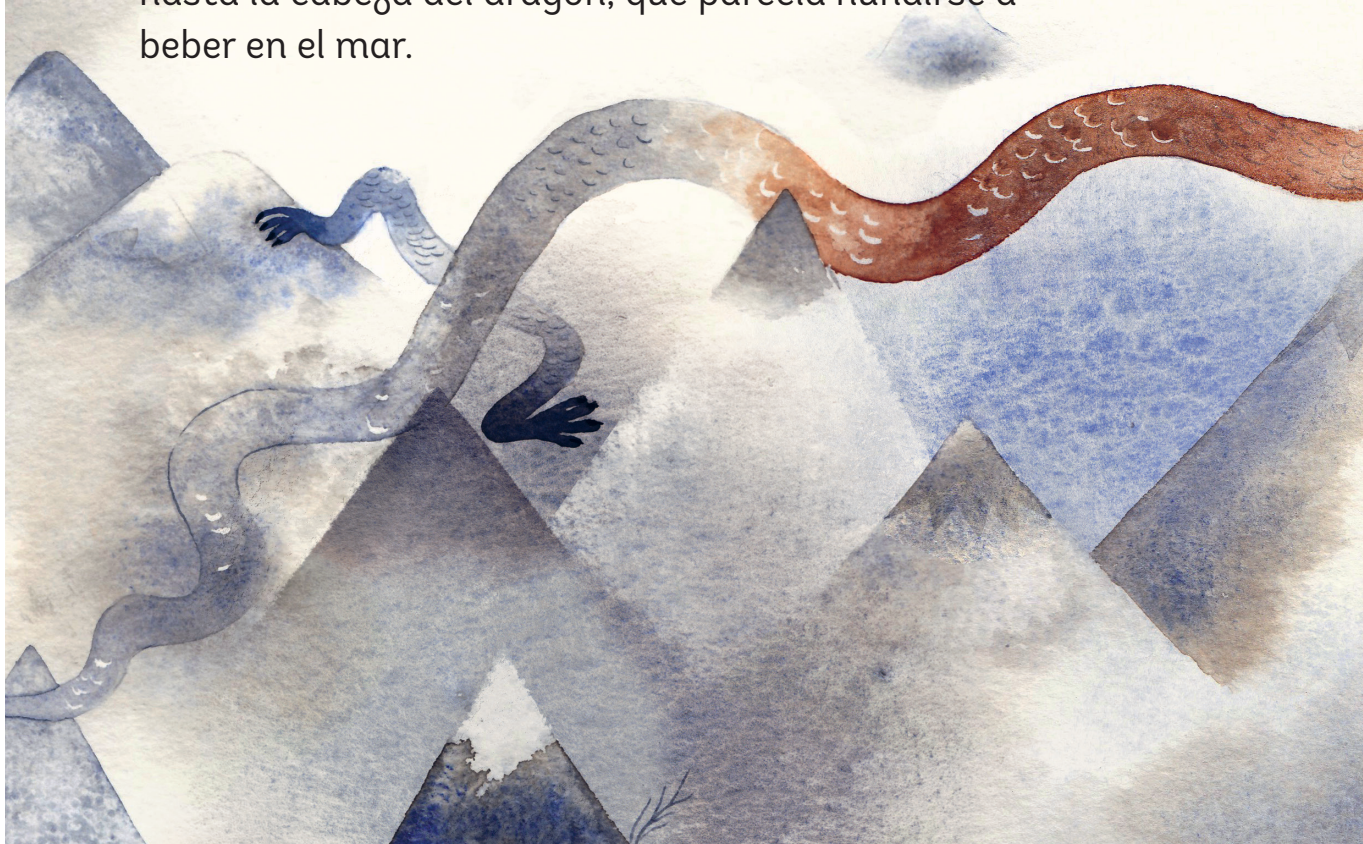
Sobre uno de los mástiles, el mar le pareció bello.



Después de días navegando, a lo lejos divisó una franja de tierra.

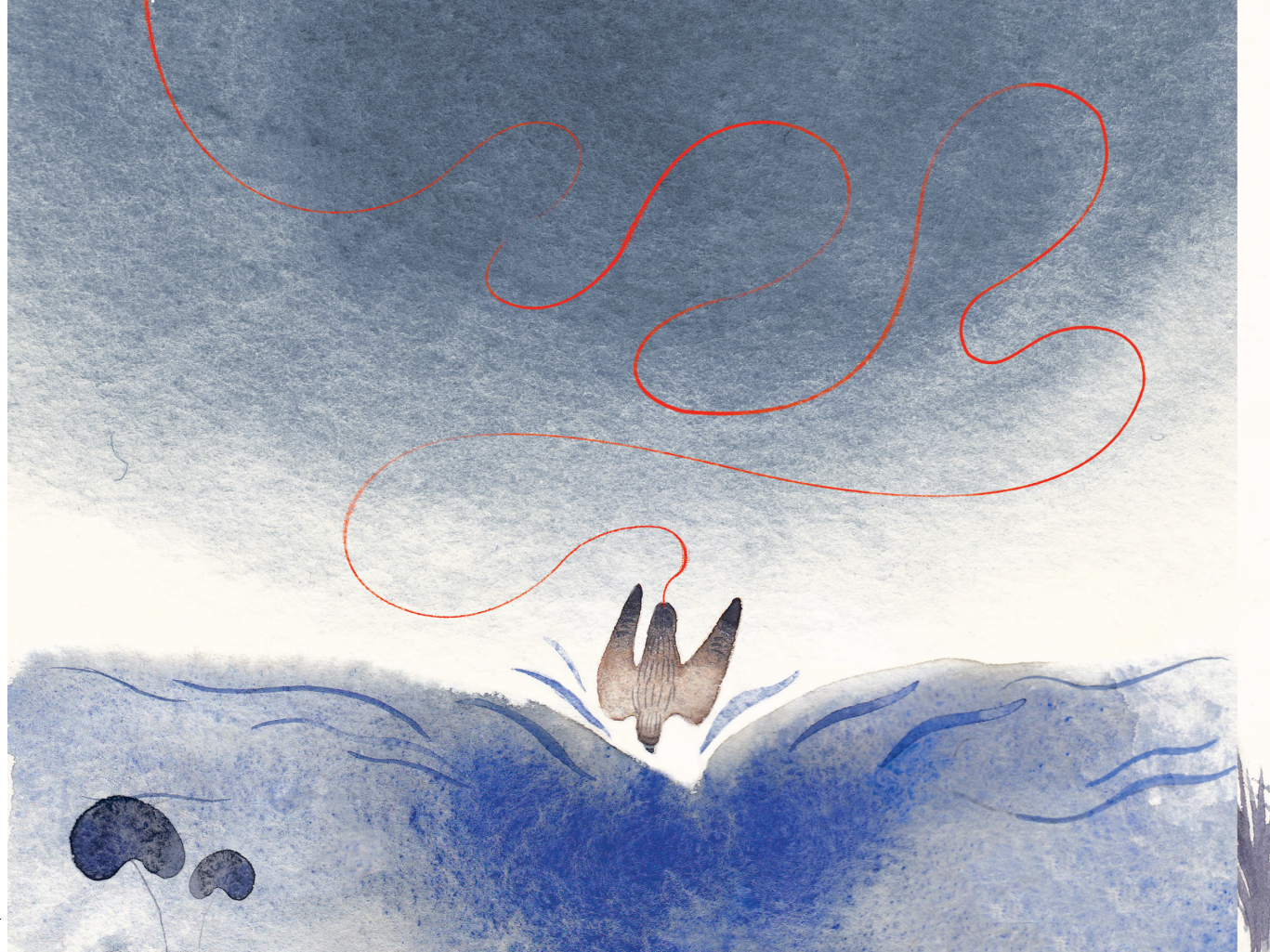
Era un territorio extenso y Taka se elevó como un cometa para explorarlo.

Una larga muralla, enorme como la cola de un dragón, subía y bajaba entre los valles. Al descender sobre esa gran construcción, caminó con levedad hasta la cabeza del dragón, que parecía hundirse a beber en el mar.





Hizo piruetas y ganó altura hasta alcanzar la cima de unas montañas. En la cumbre más alta descubrió el nacimiento de un río de agua sagrada y en un vuelo rasante bajó a purificarse en él.





Cuando sentía hambre, comía en arrozales o en mercados, y  
si lo vencía el cansancio, dormía en templos o en palacios.

De vez en cuando, Taka extrañaba su patria y se preguntaba si el cerezo estaría en flor. Pero como su país seguía en guerra, se aventuró volando más allá, hasta un gran desierto.

Allí, el halcón pensó que iba a morir de calor, sus plumas ardían en medio de esas inmensas ondulaciones de arena devoradas por el sol. Entonces divisó en el horizonte vacío una caravana de hombres y animales serpenteando como un espejismo lejano.

